



Hugo Rodríguez-Alcalá

△▽

Adolescencia

(1940)

Se apagaron las luces en el jardín de la Embajada, se hizo un silencio lleno de expectativa y, sobre la pantalla que alzaba su cuadrángulo blanco entre rosales y magnolias, se proyectaron, en brillantes imágenes, los esplendores naturales de la patria del Embajador.

Esteban estaba muy junto a Cristina. Sentía en todo su ser la irradiación del hechizo de aquella muchacha por la que había sufrido tanto en los dos últimos años. Esta noche Cristina era otra; de la antigua esquivez de sus ojos maravillosos apenas quedaba en él un vago recuerdo de humillado orgullo. Durante el baile, diez minutos antes, ella le había mirado y sonreído como en los viejos tiempos anteriores a los de la ruptura, a los de los celos y a los de una larga, vana esperanza desengañada.

Él se había acercado esta noche a la muchacha seguro ya de sí, convencido de que podría reírse con ella de recuerdos hasta hacía poco tan dolorosos. Y en verdad, este era su deseo: tomarse el pelo a sí mismo precisamente con la que diera a amigos y parientes motivo para que le criticaran con acritud la inútil persistencia en un amor no correspondido.

Pero al aproximarse a ella y tomarla en sus brazos cuando la orquesta tocaba por segunda vez una pieza llena de nostalgias, [155] advirtió con asombro que la muchacha parecía ofrecérsele en una sorprendente y turbadora sumisión.

La oscuridad no era completa en el jardín. El resplandor de las bujías eléctricas de la calle se colaba tras el follaje de los frondosos mangos. Además el geométrico haz de luz que cuajaba en las imágenes de la pantalla, creaba una penumbra en que fulgían las joyas en los escotes, destacaban las pecheras blancas de las camisas de frac y se podía reconocer perfiles amigos a algunos metros de distancia. Se inclinó hacia Cristina, la tomó levemente del brazo e iba a decirle algo sobre la gran ciudad de cuyos monumentos la película mostraba ahora vistas en colores; y abría él la boca ya a punto de hablar, cuando sintió sobre sus labios la mejilla ardiente y pulida de Cristina.

Durante algunos días vivió desconcertado y como ebrio con la inesperada felicidad. He aquí que cuando había renunciado por entero a la vieja ilusión, ésta venía a turbarle el espíritu y a encenderle la sangre como nunca antes, en una exaltación en que su dolorido cinismo juvenil se volatilizaba, en que toda su prudencia vacilaba y en que todo su ser ardía transfigurado.

Aquella muchacha que le había lastimado y humillado y de la que nunca había recibido otro favor que alguna cita fugaz y equívoca a la que apenas podía llamarse cita, ahora lo aguardaba ansiosa todas las tardes junto al jazminero que florecía sobre la larga verja de hierro de la quinta de los Segur Estrada, lo estrechaba en sus tibios brazos sonrosados y lo besaba con ternura mimosa y exigente.

El extraño cambio de actitud en ella no pasó inadvertido a una de las amigas de él. [156]

-Desconfiarás de ella -le dijo una tarde en el club. Cristina está jugando contigo. Esta es una de sus mañas, sólo para atraer de nuevo al que fue tu rival... antes. Así que, a buen entendedor...

El muchacho sintió que se le reabrían las heridas del orgullo, pero no contestó más que con bromas a la advertencia, restándole toda importancia al asunto. No podía él, además, revelar la intensidad de aquel inesperado rendimiento ni repetir las palabras apasionadas con que Cristina había tratado de disipar sus sospechas.

Días después, al anochecer, fue él a casa de los Martínez Flores, tíos de ella. La muchacha lo esperaba en una salida, sentada sobre una piel de tigre. Él contuvo su emoción al verla bajo la claridad ambarina de la lámpara próxima, jugando con las cuentas de collar de perlas que tintineaban débilmente entre sus dedos rosados.

La saludó con estudiada naturalidad, se apoltronó en un sofá tapizado de terciopelo frente al que la piel de tigre hacía de alfombra, encendió un cigarrillo y alzó los ojos para mirar las volutas de humo azulino que empezaban a flotar en la atmósfera toda trémula de la presencia y del perfume de Cristina. E inmóvil por un rato en aquella postura, sin mirarla, se puso a hablar lentamente, con un dejo de burla en la voz, que, a duras penas, le vibraba segura y tranquila:

-No creas que yo me tomo muy en serio todo esto que está pasando entre nosotros. Durante dos años esperé, sin ningún éxito, lo que ahora de pronto resulta tan fácil y sin esfuerzo de mi parte... a nadie se le puede escapar el que estés tramando una de las tuyas, Cristina. Hace unos meses, hace un año, te lo hubiera creído todo y no hubiera tenido ni sombras de sospechas. Pero ahora, después de todo lo pasado... [157]

Y bajó los ojos para mirarla y se encontró con los de ella, inmensos, luminosos, húmedos. El rostro de la muchacha despedía luz rosada y dorada, y en la boca de perfecto dibujo oyó temblarle unas palabras breves, cálidas, dichas con una unción para él hasta entonces desconocida en ninguna mujer:

-¿Querés que te lo jure?

Él quedó contemplándola largo tiempo y luego, como si se tratase de un juego o de una broma divertida, dijo con toda calma:

-Muy bien. Me lo jurarás. Pero será sobre ese crucifijo de marfil que está sobre la cabecera de la cama de tu prima.

Cristina se puso de pie ágilmente apoyando la diestra sobre la cabeza embalsamada del tigre cuyos dientes de encías rojas brillaban blanquísimos bajo el círculo luminoso que proyectaba la lámpara.

Vuelvo en seguida -dijo, y desapareció de la salita. El aire quedó vibrando como si el perfume de la muchacha se hubiera puesto a temblar entre los átomos del aire tibio y penumbroso detrás del cual se había cerrado la puerta.

Cuando Cristina entró de nuevo en la salita, sostenía en sus manos el crucifijo de marfil y contemplaba gravemente la faz cadavérica de la imagen. La muchacha se detuvo en el centro de la piel de tigre. Después, manteniendo el crucifijo a la altura del pecho, dobló lentamente las rodillas y quedó de hinojos, allí, sobre la piel rayada y brillante, los ojos fijos en la faz ebúrnea.

-Vas a repetir lo que diga -dijo él apagando el cigarrillo. Cristina asintió con un movimiento de cabeza. [158]

-Juro que esto no es un ardid. Juro que digo la verdad con este Cristo en las manos...

-Juro que esto no es un ardid. Juro que digo la verdad con este Cristo en las manos...

Cristina fue repitiendo todas las palabras de él; tenía ahora los ojos cerrados y sólo al terminar una frase los reabría y miraba el rostro y los brazos tensos de la imagen.

La escena duró un minuto más. Sin descubrir la verdadera razón de sus sospechas, el mozo le hizo jurar en forma tal que ninguna seguridad quedase sin garantía.

Dócil, Cristina lo obedecía sin ofrecer la más mínima resistencia.

Él guardó silencio. Ella seguía arrodillada, inmóvil.

-¿Es todo? -preguntó.

-Ahora puedes llevar el crucifijo a su lugar -fue la respuesta.

Cuando la muchacha regresó a la salita, le indicó él con un ademán que se sentara a su lado, en el sofá de terciopelo. Luego, tomándole la cara con ambas manos, le dijo:

-Es terrible esto, Cristina: pero ni aun después del juramento... te creo.

Ella no manifestó ni asombro, ni pesar, ni ira, ni desaliento. [159]

-Estoy dispuesta a convencerte de otra manera. Vos dirás.

Nunca la había visto tan hermosa y radiante. Sintió él entonces el disgusto de aquella escena equívoca y desairada; pensó con fastidio en todas las circunstancias absurdas que habían suscitado aquella escena aún más absurda, y dejándole libre el rostro bellísimo, dijo en tono que no quiso ser autoritario pero que lo fue, porque detrás de aquella hora absurda había dos años de amor también absurdo, de celos crueles y de orgullo humillado:

-Lo que te diré ni exigiré pruebas ni nada. Sencillamente me llamarás por teléfono todas las noches, y si querés verme serás vos la que me lo pida. Me llamarás a las ocho de la noche.

-¿Durante cuánto tiempo?

-Un mes.

Todas las noches, a las ocho en punto, sonaba el teléfono. Él no se daba prisa en contestar. A veces esperaba a que Cristina, vista la tardanza de él en descolgar el tubo, cortara la comunicación y llamara de nuevo.

-No podrá nunca ser esto como antes -se decía él.- Yo no la quiero más como entonces; ya es demasiado tarde. Pero, sí, me queda la satisfacción...

El teléfono sonaba en la sala oscura. Del patio embaldosado en hexágonos blancos, rojos y azules, llegaba una intensa fragancia de jazmines. [160]

-¿Vos?

-No puede ser otro...

-¿Por qué no atendiste en seguida?

-Estaba leyendo un libro y me faltaba sólo media página para terminarlo.

La voz de Cristina se parecía a ella misma como un extraño retrato musical. Era una voz llena de luz y dulzura como su mirada.

Él se sentía ahora feliz sin querer confesárselo. Y ya no tenía dudas de ella; se sabía comprendido en lo que más quería ser comprendido. Aquella muchacha maravillosa era toda amor e intuición, toda fervor y fantasía.

Al fin se cumplió el plazo. Hacía ya un mes desde la noche de la primera llamada telefónica. Por eso, en la trigésima noche, al despedirse, ella le dijo:

-Hoy se cumplió el plazo. Como mujer, he hecho yo lo que creía deberte. Mañana, me llamarás vos.

-¡Ah no! -contestó él. Debés seguir llamándome por un tiempo más.

-Pero ya he cumplido mi promesa.

-Sí, pero yo no quiero arriesgarme a que otro en tu casa conteste a mi llamada. Tengo mis razones. Seguí llamándome. [161]

-Esta será la última vez, te advierto. Hablo en serio.

-Yo también.

-Hasta mañana.

-Hasta mañana.

Cuando a la noche siguiente sonaron en la catedral las campanadas de las siete, cerró él bruscamente el libro que leía ya sin entender una frase, y apagó la lámpara del escritorio. En el patio, la claridad de una luna de septiembre daba a la parra y al jazminero una lechosa fosforescencia. En los rincones oscuros oíase un rumor de grillos. Encendió con manos temblorosas un cigarrillo y comenzó a pasearse nerviosamente entre las palmas del patio, mirando con fijeza las baldosas blanqueadas por la luna y contándolas mentalmente.

Así dieron las siete y media en la torre de la catedral. El volvió al escritorio para hacer unos apuntes. Y no podía concentrarse; cometía errores, los volvía a cometer. Rompiósele la punta del lápiz, pero él apenas lo advirtió.

Cuando sonó la primera campanada de las ocho, salió precipitadamente del escritorio y corrió hacia el teléfono.

Terminaron de dar las ocho en el reloj de la catedral. En seguida el reloj de pared del comedor inició una lenta serie de campanadas.

Hubo un silencio apenas estremecido por los grillos. Ansiosamente esperó cinco, diez, quince minutos. Nada. [162]

-Llámala -se dijo. Sé caballero. Y descolgó el tubo para discar pero temió que ella se decidiese a llamar en ese momento y volvió a colgarlo en el acto.

Entonces encendió otro cigarrillo y salió al patio para seguir esperando.

Pero el teléfono permaneció mudo esa noche y todas las noches que siguieron.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

